

que sea tu voluntad, y por mas firme que te parezca tu resolucion de resistir á las tentaciones, desconfía de tí mismo, huye con el mayor cuidado de los peligros, haz continuamente centinela contra tu propio corazon, mira que casi siempre se burla de los que se fian de él. Evita esas concurrencias brillantes, huye de esos objetos peligrosos, desviate de esas conversaciones, ahoga, sofoca esas inclinaciones demasiadamente naturales; aunque todo esto te parezca muy inocente, ten por cierto que oculta mucho veneno.

2. *Quien ama el peligro perecerá en él.* Este oráculo es de la misma verdad. Si quieres evitar los mas imprevistos y los mas terribles, teme los mas lijeros. Sobre todo has de tener una gran delicadeza de conciencia en todas materias: nada te has de perdonar. El negocio de la salvacion es delicado, es difícil, es muy espinoso. Nunca sobran precauciones, ningunos medios están de mas para salir con él. Por los peligros de la salvacion buscaron los santos abrigo á la inocencia en la soledad de los desiertos ó en el retiro de los claustros; y aquellos á quienes destinó Dios para que viviesen en el mundo acudieron á la oracion y á la continua vigilancia para no ser sorprendidos por el tentador. Está continuamente muy sobre tí, y haz particular reflexion á las palabras del *Padre nuestro: No nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal.* No te expongas tú mismo á ella por lijereza, ni por presuncion. La fuga de las ocasiones y la oracion son los dos grandes y poderosos medios para burlarse de todos los artificios del tentador.

DIA VEINTE Y UNO.

LA PRESENTACION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Celebra la santa Iglesia en este dia la fiesta de la presentacion de Nuestra Señora en el templo, es decir, aquella pública y solemne ofrenda que hizo á Dios la santísima Virgen de su corazon, de su cuerpo, de su espíritu y de todas las potencias de su alma, y todo en el modo mas perfecto y mas glorioso al mismo tiempo que nunca se vió. Este fué el mayor sacrificio de una pura criatura que se hizo al Señor desde el principio del mundo; pues ninguna hubo mas cumplida, mas perfecta, ni mas santa. Santificada en el primer instante de su vida, ella sola fué mas santa el dia de su nacimiento (dicen los padres), que todos los santos juntos en el último de su vida. A la edad de tres años, María por sí misma se ofrece, se dedica, se consagra á su Criador en el templo de Jerusalem. ¿Qué ofrenda hubo jamás de igual valor? ¿se vió nunca en el templo del Señor alguna víctima que le fuese mas agradable? ¿Cuántos espíritus celestiales asistirían á aquel acto de religion tan glorioso para Dios, á aquella augusta ceremonia que fué la admiracion de toda la Jerusalem celestial! Regocijóse todo el cielo en aquel festivo dia, y no podia dispensarse la Iglesia de festejar tambien su solemnidad. En atencion á esto, muchos santos padres, como san Evodio de Antioquia, san Epifanio de Salamina, san Gregorio Niseno, san Gregorio el teólogo, san Andrés Cretense, san German de Constantinopla, y tantos otros padres latinos consideraron la presentacion de la Virgen en el

templo de Jerusalem como el primer acto de religion que fué mas grato al Señor, y la fiesta de este dia como el preludio de todas las demás.

Dos géneros de presentaciones se usaban entre los judios. La primera, establecida por la ley, donde se mandaba que la mujer que diese á luz algun hijo le presentase en el templo; si fuese varon, á los cuarenta dias, y si fuese hembra, á los ochenta, ofreciendo por el hijo un cordero con un pichon, ó con una tórtola; y si fuese pobre, dos tórtolas ó dos pichones. Esta ceremonia se llamaba con propiedad la presentacion del hijo y la purificacion de la madre. Otra presentacion era voluntaria, y solo obligaba á los que hacian voto de ella; porque desde el principio de la ley de Moisés fué religiosa costumbre entre los hebreos ofrecerse ellos mismos, y ofrecer sus hijos á Dios, ó ya irrevocablemente y para siempre, ó ya reservándose la facultad de rescatarlos con dones hechos al Señor, ó con diferentes sacrificios. Para este fin habia al rededor del templo varios edificios con sus cuartos y sus divisiones, destinados unos para hombres, y otros para mujeres; estos para niños, y aquellas para niñas, donde se mantenian todos hasta cumplir el voto que ellos ó sus padres habian hecho por ellos. Ocupábanse en servir á los ministros sagrados y en trabajar los ornamentos del templo, cada uno segun su edad, su estado y su capacidad. En esta conformidad sabemos que Ana, mujer de Elcana, ofreció á Dios el hijo que habia dado á luz, y fué el profeta Samuel (1 Reg.). Y en el segundo libro de los Macabeos, cap. 3, se hace mencion de las doncellas que vivian, y se criaban en el templo; así como san Lucas, hablando de Ana profetisa, hija de Fanuel, nos dice que desde que enviudó no salia del templo.

Hallándose santa Ana y san Joaquín, segun la mas antigua y respetable tradicion, muy avanzados en

edad, y sin esperanza natural de tener hijos, hicieron voto al Señor que, si se dignaba concederles algun fruto de bendicion, librándolos de la nota de esterilidad que en su nacion era infame y vergonzosa, consagrarian á su servicio en el templo el fruto que se dignase concederles. Y el Señor, que queria fuese todo milagroso en aquella á quien desde la eternidad habia destinado para madre de su unigénito Hijo, fué servido de oír benignamente su oracion, haciéndolos padres de aquella bienaventurada criatura, aurora tan suspirada, y madre futura del divino sol de justicia que habia de desterrar las tinieblas del pecado en que yacia miserablemente sepultado todo el género humano. Luego que la destetaron, y llegó la niña á la edad de tres años, cumplieron religiosamente su voto san Joaquín y santa Ana, llevando ellos mismos á su santa hija para presentarla, y para dejarla en el templo.

Dice Isidoro de Tesalónica que la ceremonia de presentar en el templo á la santísima Virgen se celebró con extraordinaria solemnidad, asistiendo á ella no solo su parentela, sino tambien todas las personas mas distinguidas y mas ilustres de Jerusalem, movidas de cierta oculta inspiracion, cuyo misterio ignoraban. *Primarios quoque hierosolymitas viros et mulieres interfuisse huic dedicationi, suscipientibus universis angelis* (Orat. de Præsent. B. V.). Y que los ángeles en invisibles coros acompañaban la fiesta con celestial armonia. No se sabe quién fué el sacerdote que recibió aquella incomparable virgen, aunque san German, patriarca de Constantinopla, y Jorge, arzobispo de Nicomedia, tienen por verisimil que fué san Zacarias. Sin duda que á esta ofrenda acompañaria tambien algun sacrificio como acompañó á la que hizo Ana de su hijo Samuel; pero el que hizo á Dios aquella bendita niña de todo cuanto era y de todo cuanto tenia, fué de otro mérito y de otro valor en

la presencia de Dios. Las demás niñas, que eran presentadas en tan tierna edad, destituidas del uso de la razon, no sabian entonces lo que hacian de ellas hasta que con el tiempo lo comprendian; pero esta en quien, por especial privilegio, se habia adelantado la razon desde su primera concepcion immaculada, instruida perfectamente por el Espíritu Santo, comprendió toda la importancia de aquella santa ceremonia, haciendo lo que no es fácil explicar para que fuese agradable á la divina majestad. Mas fácil es concebir cuáles serian los afectos de religion, de respeto, de reconocimiento, y cuáles los extáticos arrebatados deliquios de amor de aquel gran corazon, de aquella alma privilegiada, en quien tenia Dios sus complacencias desde el primer instante de su immaculada concepcion, y que dentro de pocos años habia de ser madre del Salvador del mundo.

Aun no habia visto el mismo Dios otro sacrificio mas á la medida de su corazon, ni víctima que le fuese mas agradable. Pero lo que hizo mas preciosa aquella presentacion en el templo, y lo que fué propio, singular y privativo de María, fué el voto que hizo en el mismo dia de perpetua virginidad. No se duda que aquella, que era el tesoro de la misma virginidad, como la llama san Juan Damasceno: *Virginitatis thesaurus*, la gloria y el ornamento de las vírgenes, *gloria virginum*, la primera de todas ellas, la maestra, la que levantó el estandarte de la virginidad, como la apellida san Ambrosio: *virginum vexillifera, et virginitatis magistra*. No se duda, vuelvo á decir, que hizo voto de virginidad desde que tuvo uso de razon, esto es, desde el primer instante de su vida. Pero este anticipado sacrificio de su integridad, dicen los padres, fué totalmente interior, y se confundió con los demás actos espirituales de todas las virtudes en que se ejercitó desde el primer instante de su dichosa

animacion. El dia de su gloriosa presentacion en el templo fué cuando aquella hija querida del Eterno Padre, aquella madre de su unigénito Hijo, aquella esposa del Espíritu Santo, toda hermosa, toda immaculada, y reina en fin de las vírgenes, hizo á Dios como solemnemente su voto de perpetua virginidad, la mas pura, la mas perfecta que jamás hubo ni pudo haber. Por eso, dijo san Anselmo, hablando con Jesucristo: Vos, Señor, descendisteis del trono de vuestra gloria á las castas entrañas de una tierna doncella la mas humilde, la mas despreciable á sus propios ojos; pero la primera que fué consagrada, y como sellada con el voto de virginidad: *Descendisti à regali solio sublimi gloriae tuae, in humilem et abjectam in oculis suis puellam, primo virginitatis voto sigillatam*. Por este sagrado sello se llama en la Escritura huerto cerrado y fuente sellada: *hortus conclusus, fons signatus*. Seguramente, dice san Agustin que, si la Virgen no hubiera hecho voto de virginidad, no hubiera dicho al ángel en la Anunciacion: ¿Cómo puede ser lo que me dices? *Profectò non diceret Virgo: Quomodò fiet istud? nisi Deo ante virginitatem vovisset*.

¡Qué hermosos son tus pasos, hija del príncipe (Cant. 7)! ¡Qué ceremonia tan augusta! ¡qué sacrificio tan precioso! ¡qué bien recibida fué esta ofrenda! El aire, la modestia, la majestad, la compostura con que entró en el templo aquella tierna doncellita, fueron la admiracion de los ángeles y de los hombres; pero ¡qué gratos serian á los ojos de Dios los interiores afectos, las amorosas disposiciones de aquel purísimo corazon! No por cierto: el dia de la solemne dedicacion del templo, en que todo él, segun la expresion de la Escritura, se vió rodeado y como vestido de la gloria del Señor, no fué tan glorioso para Dios como el dia en que la Virgen vino al mismo templo; ni las víctimas que Salomon mandó sacrificar para

realzar la pompa de aquella solemnidad, fueron ofrenda tan agradable á los ojos del Señor como lo fué hoy la presentacion de esta purisima doncella que enteramente se consagra á su gloria y á su servicio.

No hay palabras para encarecer dignamente la generosa piedad de san Joaquin y santa Ana, ambos de tan consumada virtud, que ni aun les pasó por el pensamiento cercenar, disminuir ó moderar en parte el sacrificio que hacian. Aquella tierna niña y aquella única hija era todo su consuelo: habianla pedido al Señor por largo tiempo, y el Señor se la habia concedido. Podian cumplir con su voto, presentando á la hija en el templo, y rescatándola despues por tres siclos, precio que señalaba el Levítico para el rescate de las niñas ofrecidas al Señor desde un mes hasta los cinco años de su edad. Podian llevársela consigo para único consuelo de su vejez; pero en este punto, ni escucharon, ni dieron oidos á su natural inclinacion. Atendieron únicamente á la de su santa Hija, la cual, mas iluminada á los tres años que toda la sabiduría humana en la perfeccion de la mas experimentada ancianidad; instruida perfectamente ella sola de los designios de Dios, solicitó con sus amados padres el perfecto cumplimiento de un sacrificio, que á la verdad les costaba mucho, pero al fin era indispensable hacerle por mas que lo resistiesen la naturaleza y el corazon. Ejecutóse. Concluida la ceremonia de la presentacion, dejaron en el templo aquel precioso tesoro para servir en él en las funciones que le correspondian, quedándose en el cuarto de las doncellas hasta la edad de quince años en que fué desposada con san José para cumplimiento de los mayores misterios. Háiale prevenido tambien con semejante don de castidad el mismo Dios que le tenia destinado para ser su casto esposo: ni la Virgen consintió en darle la mano hasta estar segura de que el

mismo voto de castidad habia de unir inviolablemente á los dos purisimos esposos, siendo el principal ornamento de su matrimonio.

Las extraordinarias virtudes que resplandecian en aquella santa niña, y los dones sobrenaturales con que Dios la habia enriquecido tan extraordinariamente, se arrebataron la atencion universal, admirándola todos como un prodigio de la gracia, y concibiéndose ya idea tan superior de su eminente, de su milagrosa santidad, que aseguran Evodio. Jorge de Nicomedia, san German de Constantinopla y otros muchos padres, como lo afirma Nicéforo, que por un privilegio verdaderamente singular se le permitió á la Virgen todo el tiempo que se mantuvo en el templo que entrase libremente en el santuario, y aun en el mismo *Sancta sanctorum*, donde, segun la ley, solo era lícito entrar al sumo sacerdote: gracia que solo se dispensaba con las personas de una santidad muy relevante, en cuya atencion se le concedió tambien al apóstol Santiago el Menor. En aquel santo lugar pasaba la mayor parte del dia la mas santa de todas las puras criaturas, derramando su corazon en la presencia de Dios, y ofreciéndole sacrificio de alabanzas mas agradable y mas precioso que cuantos sacrificios de animales se le habian ofrecido en el mismo templo. ¡Comprendamos, si es posible, cuál seria el ardor del divino fuego en que se abrasaba el corazon de María en aquel santo lugar! ¡cuánto el fervor de sus votos y oraciones! Solamente las celestiales inteligencias, testigos ordinarios de sus amorosos incendios, pudieron formar idea justa de la santidad de sus meditaciones, de la excelencia de su contemplacion, del valor y mérito de aquella multitud infinita de actos continuos de las mas heróicas virtudes, ocupacion ordinaria de María los once años que se mantuvo en el templo.

Quando decia el profeta rey que la habia de seguir numeroso acompañamiento de vírgenes haciéndole corte, por explicarme así: *Adducentur virgines post eam* (Ps. 44), parece que tuvo presente la presentacion de la santísima Virgen, la cual, en este misterio y en su mansion en el templo, habia de servir como de modelo á tanta multitud de tiernas doncellitas, que, renunciando el mundo, pasan toda su vida en el templo, cumpliendo ó llenando en presencia de su divino Esposo todas las obligaciones de la justicia y de la ley: *In sanctitate et justitia coram ipso omnibus diebus nostris* (Luc. 1). ¡Cuántos millones de doncellas han imitado el ejemplo de esta Reina de las vírgenes, consagrándose al servicio de Dios en el retiro del cláustro para dedicarse toda la vida á ejercicios de la mas alta perfeccion! Con razon se puede decir que la presentacion de la santísima Virgen, y su mansion en el templo de Jerusalem, fué como el sagrado original, y, por decirlo así, la primera época del instituto de todas las religiosas. Por eso, la fiesta de este misterio debe ser de particular devocion y de especialísima veneracion para todas ellas.

Sí, Señor, antes que bajase al mundo vuestro unigénito Hijo; antes que se ofreciese víctima de nuestros pecados en el ara de la cruz, sola María era la única hostia digna de ser ofrecida á vos. La sangre de los toros y de los corderos, la efusion de los licores y el olor de los perfumes eran todos objetos muy materiales para que mereciesen todo el lleno de vuestra divina atencion. Los sacrificios de Abel, de Noé y de otros patriarcas; las magnificencias de David, las religiosas profusiones de Salomon ya eran acreedoras á que las miráseis con alguna benignidad; pero les allaba mucho para satisfaceros plenamente. El sacrificio de Abraham, de Manué y de Ana, madre de Samuel, os fué sin duda agradable: no obstante, aun-

que estas víctimas fueron exelentes, siempre tenian algun defecto, siempre les faltaba aquella perfecta pureza, sin la cual no podian ser perfectamente dignas de vuestros divinos ojos. Sola María, en quien no encontrásteis mancha, pudo ser hostia tan santa y tan pura que llenase vuestro corazon, y excitase vuestra misericordia mientras se llegaba el dia del grande sacrificio de la cruz. Recibid, pues, hoy á esta inocente paloma, á la cual no tardará en seguir aquel Cordero immaculado, que solo él puede quitar los pecados del mundo. Recibid los votos de la mas santa entre todas las puras criaturas; la ofrenda de una Virgen que fué el esmero de vuestra misericordia, destinada por vos mismo para refugio de los pecadores.

La fiesta de la presentacion de la Virgen es mucho mas antigua entre los griegos que entre los latinos. El emperador Emanuel Comneno, que reinaba el año de 1130, hace mencion de ella en una de sus ordenanzas, y era ya muy célebre en el Oriente. No se comunicó al Occidente hasta el año de 1372, en que Felipe de Maizieres, canciller de Chipre, viniendo por embajador de aquel rey, habló de esta fiesta al papa Gregorio XI, á quien presentó el oficio que su Santidad examinó por si mismo, y haciéndole despues examinar por los cardenales y por los teólogos, le aprobó y mandó que se celebrase en la Iglesia universal.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« El emperador Emanuel Comneno no comenzó á imperar hasta el año de 1144, como es indubitable en la historia, y así puede ser error de imprenta el suponerle reinando ya el año de 1130. Y aunque es cierto que el papa Gregorio XI, á instancia del canciller de Chipre, fué el primero que mandó celebrar esta fiesta en toda la universal Iglesia, dando princi-

pio el mismo pontífice á celebrarla el día 21 de noviembre del año de 1372 en la iglesia de los frailes franciscos de Aviñon, no lo es tanto, aunque digan algunos lo contrario, que aprobó y mandó se rezase en la Iglesia latina el oficio que le presentó el canciller, pues consta que el año de 1585 aun no se veía en el breviario romano. (*Thomasin. lib. 2 de Dire. Fector celebrat. cap. 20, §. 7.*) »

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Jerusalem, la Presentacion de la bienaventurada Virgen Maria, Madre de Dios, en el templo.

El mismo dia, la fiesta del bienaventurado Rufo, de quien habla san Pablo en la epístola á los Romanos.

En Roma, el martirio de los santos Celeste y Clemente.

En Ostia, los santos mártires Demetrio y Honorio.

En Reims, san Alberto, obispo de Lieja y mártir, que fué muerto en defensa de las libertades de la Iglesia.

En España, los santos mártires Honorio, Eutico y Estevo.

En Pamfilia, san Heliodoro, mártir, á quien el presidente Aecio hizo perecer durante la persecucion de Aureliano. Y como los verdugos se hubiesen convertido á la fe, fueron arrojados tras él á la mar.

En Roma, san Gelasio, papa, ilustre por su ciencia y santidad.

En Verona, san Mauro, obispo y confesor.

En el monasterio de Bobio, el tránsito de san Colombano, abad, fundador de muchos monasterios, y padre de un gran número de religiosos. Despues de haber brillado por sus muchos milagros, murió habiendo llegado á una dichosa ancianidad.

En Metz, el venerable Papolo, obispo.

En la diócesis de Laon, san Aubeo, confesor.

En el Limosin, san Livrau, obispo de Embrun.

En Istria, san Mauro, mártir.

En Antioquia, el martirio de san Basileo, de san Auxilo, de san Zefiro y de algunos otros.

Cerca de Arezzo en Toscana, san Juan de Perquiniano, obispo de Ravena, y despues solitario.

La misa es en honor de la santísima Virgen, y la oracion la que sigue :

Deus, qui beatam Mariam
semper virginem, Spiritus Sancti
habitaculum, hodierna die
in templo presentari voluisti;
præsta, quæsumus, ut ejus inter-
cessione in templo gloriæ
tuæ presentari mereamur.
Per Dominum nostrum...

O Dios, que quisiste que la
bienaventurada Maria siempre
virgen, en la cual habitaba ya
el Espíritu Santo, fuese hoy pre-
sentada en el templo; concéde-
nos, que por su intercesion me-
rezcamos nosotros ser presenta-
dos en el templo de tu gloria.
Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 24 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia XIX, pág. 438.

NOTA.

« Lo mismo que hizo Salomon en el capítulo 8 de los Proverbios, hace el autor del Eclesiástico (de donde se sacó esta epístola) en este capítulo veinte cuatro el elogio de la Sabiduría, ensalzándola por su excelencia, por sus admirables obras, y por los grandes bienes y recompensas que reciben los que la aman y la solicitan. En uno y en otro lugar, debajo de una misma alegoría, hace el Espíritu Santo el elogio y el retrato de la Madre de Dios. »

REFLEXIONES.

Fuí asegurada en la mansión de Sion, y encontré mi reposo en aquella santa ciudad. Con mucha razón pone la Iglesia estas palabras en boca de la santísima Virgen, y todas las personas religiosas debieran tener el consuelo de repetir muchas veces las mismas. Asegúrelas en Sion, esto es, en su religioso estado, una vocación legítima y divina; foméntenla con la pureza de costumbres, con un continuo fervor, que ni alfoje ni desmaye, y seguramente hallarán el reposo y la quietud en esta santa ciudad. Siendo tan santo el estado religioso, y siendo las casas religiosas el asilo de la inocencia, la soledad deliciosa de las vírgenes, fija habitación de la virtud, defendida de tempestades y de escollos, la verdadera tierra de promisión, y la más viva copia de la ciudad celestial, ¿cómo es posible que entre en ellas el disgusto, ni que se halle entre sus paredes la amargura, la tristeza, y tal vez la desesperación y el arrepentimiento? Lluve en ellas el maná con abundancia; pero le hace fastidioso la memoria de las cebollas de Egipto. No habiendo logrado el demonio con un joven, con una tierna doncella que dejasen de seguir los impulsos de la gracia, que, arrancándolos del mundo, los llamaba fuertemente á la religión, hace todos sus esfuerzos, emplea todos sus artificios para conseguir, por lo menos, que aquella su fidelidad sea pasajera, y sin fruto su generosa resolución. Su primer cuidado es persuadirles que las reglas pequeñas son unas menudencias de ninguna monta, en que fácilmente se pueden dispensar sin el menor remordimiento. A este poco aprecio de las reglas se sigue inmediatamente cierta opresión y cierto tedio que causan aquellas observancias cotidianas y menudas. Toda opresión fatiga,

ofende y disgusta. El disgusto representa el yugo de la religión amargo, pesado y duro; porque á la cobardía es natural y consiguiente la flaqueza. En tan triste disposición ya no siente una persona religiosa los consuelos de su estado, y solo experimenta los trabajos. Entibiado el fervor, se altera la devoción, y muy en breve se debilita, se extingue ó bastardea. Queda entonces el corazón en poder de sus inclinaciones, y entregada enteramente el alma á las pasiones más violentas. Cuando se llega á tan funesto estado, sirven de muy poco los ventajosos auxilios que se logran en la religión. Apagado el fervor, todo es frialdad, todo hielo: oraciones, sacramentos, lectura espiritual, meditación, penitencias; todo se hace sin fruto, todo sin jugo, todo sin devoción. Desfallece el alma, y se cansa, se disgusta de sí misma en este desfallecimiento. Acuérdate entonces de aquella engañosa libertad, de que tanto, pero tan falsamente, se lisonjean las gentes del mundo, y esta tentadora memoria produce en ella aquel desdichado arrepentimiento. *El que vuelve los ojos atrás, dice el Salvador del mundo, después de haber puesto mano al arado, no es á propósito para el reino de los cielos.* Todos esos mortales tedios y todas esas enfadosas inquietudes tardan muy poco en hacer que el pobre religioso, la pobre religiosa titubeen en la vocación, considerándose ya como forasteros ó como esclavos en la santa ciudad. No es mucho, pues, que ya no encuentren en ella aquel dulce reposo, aquella suavísima tranquilidad que experimentan hasta la muerte las almas fervorosas. Afianzense bien en la santa Sion, y seguramente encontrarán la verdadera quietud.

El evangelio es del capítulo 11 de san Lucas, y el mismo que el día XIX, pág. 440.